

## **CAMBIOS EN LA SOCIEDAD COSTARRICENSE EN LAS DÉCADAS DE LOS OCHENTA Y NOVENTA**

Mylena Vega<sup>1</sup>

### **Abstract**

The present article deals with a series of transformations currently taking place in Costa Rican society in the context of so-called structural adjustment. The most important is the establishment of a new development model, accompanied by other changes in the state and the economy, with the subsequent rise or consolidation of new socio-economic groups. The winds of change are also evident in fields not directly affected by structural adjustment. These include class structure and cultural activities.

### **Resumen**

El objetivo del presente artículo es mostrar una serie de tendencias transformadoras que vive la sociedad costarricense actual en el marco del llamado ajuste estructural. La principal de ellas se refiere al cambio en el modelo de desarrollo, que va acompañado de otros en el Estado y en las actividades económicas con el consiguiente surgimiento o consolidación de nuevos grupos socio-económicos. Pero también los vientos de cambio alcanzan a otros espacios de la realidad social, que sin embargo, no deben verse como resultado directo del ajuste estructural. Entre esas otras modificaciones pueden señalarse las que incumben a la estructura de clases y al espacio de las prácticas culturales.

## **Introducción**

En las décadas de los ochenta y noventa, la sociedad costarricense conoce una serie de modificaciones. La principal es la del nuevo modelo de desarrollo que involucra, de manera muy directa, transformaciones en el Estado y en las actividades económicas. Pero la llamada reforma o ajuste estructural ha ido aparejada de otra serie de cambios en la vida social y cultural, sin que ello signifique que sean su resultado directo. Aproximarse a algunos de estas transformaciones y a su alcance constituye el propósito del presente trabajo.

### **1. Cambios en el modelo de desarrollo**

La crisis económica que vive el país a fines de los setenta e inicios de los ochenta pone en evidencia los límites de la estrategia de sustitución de importaciones adoptada en décadas anteriores y desarrollada en íntimo asocio

con crecientes intervenciones del Estado en la economía y en la vida social. A partir de 1980 confluye una serie de factores internos y externos (la Iniciativa para la Cuenca del Caribe, las líneas de crédito de la AID dirigidas a estimular las exportaciones no-tradicionales y la banca privada, los convenios con el FMI y los préstamos para el ajuste estructural) que ponen las condiciones para una reorientación económica del país y abren la puerta a la nueva estrategia de desarrollo conocida como ajuste estructural.

El Programa de Ajuste Estructural, impulsado por el Banco Mundial, se ha orientado a obtener ajustes económicos globales y sectoriales en las economías de diversos países, incluyendo a Costa Rica. Para ese fin el banco ha destinado a nuestro país un monto importante de recursos, de modo tal que los condicionamientos de los diferentes préstamos para el ajuste estructural (PAEs) han llegado a ser fundamentales en la definición de muchos de los rasgos de la evolución del Estado y de la actividad económica del país en las décadas de los ochenta y noventa.

Costa Rica ha recibido tres préstamos de este tipo a lo largo del período: el primero (PAE I), erogado en 1985, ascendió a \$80 millones; el segundo (PAE II), por \$200 millones, fue otorgado en 1989; y el último (PAE III), fue aprobado en 1994 por un monto de \$350 millones, de los cuales se concretaron sólo \$180 millones.

Los préstamos para el ajuste estructural han tenido varias finalidades políticas y económicas que, agrupadas, consisten en las siguientes:

- a) efectuar una reforma del Estado por medio del saneamiento financiero y la venta de activos, pero también por medio de reformas institucionales;
- b) lograr una reforma financiera dirigida a la flexibilización y liberalización de la banca estatal costarricense;
- c) estimular una política económica de apertura que condujera a una mayor liberalización, a la eliminación de subsidios y protecciones y al estímulo de las exportaciones no-tradicionales.

Estos tres puntos señalan los derroteros del nuevo modelo de desarrollo, cuya base de sustentación interna es una nueva alianza liderada por los banqueros y los exportadores no-tradicionales (Vega, 1984). La viabilidad histórica de este modelo parece afianzarse, pues poco a poco se ha ido tejiendo, dentro de los grupos hegemónicos, un consenso importante sobre su necesidad y beneficios (Ibid. y Vega, 1990).

### 1.1. Cambios en el papel del Estado

El primer cambio que se puede señalar es en la concepción del Estado. Se cuestiona su papel como agente y actor de desarrollo económico característico de las décadas anteriores. Se tiende a restringir su crecimiento en varios sentidos que no necesariamente implican la concreción de una nueva forma de Estado sino que más bien van marcando la transición hacia ella<sup>2</sup>.

En primer lugar, se trasladan empresas estatales al sector privado, en particular las creadas por la Corporación Costarricense de Desarrollo (Codesa) en la década de los setenta. Se trata de la Central Azucarera del Tempisque, de Cementos del Pacífico, de Aluminios Nacionales y de Fertilizantes de Centroamérica, todas ellas empresas productivas de propiedad pública y que jurídicamente estaban constituídas como sociedades anónimas. Con excepción de la fábrica de aluminio, la venta de las restantes contaba

con restricciones legales que garantizaban su traslado preferencial al sector de propiedad social (cooperativas, asociaciones de trabajadores, etc.). En la actualidad todas han salido de manos estatales en el marco de la venta de activos señalada por el proceso de ajuste estructural<sup>3</sup>.

Otra medida importante es la revisión de algunos subsidios, en particular los que apoyaban a los productores de granos básicos. Justamente el segundo préstamo para el Ajuste Estructural (PAE II) establece la eliminación de subsidios del Consejo Nacional de Producción (CNP) a los granos básicos. Igualmente propone la baja progresiva de la diferencia entre los precios locales e internacionales de estos productos y autoriza la importación privada de granos, potestad que hasta entonces recaía en el Estado (Vega, 1990, p. 286). Pero también se reducen los subsidios y protecciones a la industria y los aranceles a las importaciones, todo ello con el objetivo de abrir el mercado costarricense a la importación de bienes extranjeros. Estas medidas forman parte de los compromisos de apertura que asume el país.

Sin embargo, a la vez que se suprimen los subsidios anteriores, se mantienen otros como los Certificados de Abono Tributario, creados en 1972 para estimular las exportaciones no-tradicionales fuera del área centroamericana y que revelan un aumento significativo en 1984 con el gran auge neo-exportador (Ulate y Chaves, 1991, p.12). Si bien es cierto que se modifican en años recientes, siguen manteniéndose como apoyo a la actividad exportadora no-tradicional. Igualmente se subsidia la actividad turística. Con estas acciones se refuerzan claramente las prioridades de desarrollo económico del nuevo modelo.

En 1948 se había nacionalizado la banca y la movilización de depósitos del público pasó a ser prerrogativa exclusiva de la banca estatal. Si bien la Ley Orgánica del Sistema Bancario Nacional de 1953 autorizaba el funcionamiento de bancos privados, durante la década de los sesenta se crean únicamente entidades financieras de carácter no-bancario. Será tres décadas más tarde cuando esta situación se empiece a modificar.

Justamente una de las medidas más importantes del período, en lo referente a los cambios en el Estado, es la pérdida, por parte de la banca estatal, primero del monopolio de la intermediación financiera de los préstamos extranjeros y luego del monopolio de las cuentas corrientes. La primera medida favorece, sin duda, a la banca privada y establece mejores condiciones para el desarrollo de un sistema de banca mixta; la segunda permite el fortalecimiento y competencia abierta de las instituciones privadas con las estatales en la captación de depósitos a la vista. El cierre del Banco Anglo en 1994, más allá de las circunstancias políticas inmediatas, se inserta dentro de esta orientación debilitadora de la banca estatal (Raventós, 1995, p. 41) que parece ir cobrando más fuerza a mediados del año 1996 con el anuncio de la reestructuración del Banco de Costa Rica y de la posible venta del Banco Internacional de Costa Rica.

El estado costarricense ha cumplido a lo largo de las últimas décadas un significativo papel como empleador, en particular de cuadros profesionales y técnicos; y ha sido de primera importancia en el desarrollo de una clase media (vid. infra). Sin embargo, como parte de la reforma institucional del Estado, este papel ha mermado al aplicarse programas de movilidad laboral hacia el sector privado. Se dieron varios momentos y formas de movilidad (Valverde et al., 1995, II).

Si bien es cierto que se ocurre una baja en el peso relativo general del sector público como empleador, hecho que denota la pérdida de dinamismo del Estado en el ámbito ocupacional y que merece un minucioso seguimiento en el futuro, también es

cierto que las instituciones estatales han seguido incrementando la absorción de mano de obra en términos absolutos (Vega et al., 1996, cuadros 4 y 5, Anexo estadístico).

Por su parte, la pérdida relativa de dinamismo del Estado como empleador, podría conducir, según un informe del BID, a ajustes en la formación que han impartido las universidades públicas, cuyo principal destinatario han sido los órganos estatales (BID, 1994). De hecho, en 1987 el 54,1% de los profesionales y técnicos era absorbido por el sector estatal, frente a un 45,9% en 1995 (Vega et al., 1996, p. 76).

La política social del período, en consonancia con las limitaciones a la expansión estatal, se caracteriza por un deterioro en los servicios públicos y el recorte de programas, pero lo más sobresaliente es el debilitamiento del carácter universalista de la política social (áreas de educación y salud) en aras de acciones de compensación social que se focalizan en los más pobres. Esta concepción de la política social, según varios autores, partiría de una separación entre la política económica y la social, las cuales ya no se ven como componentes de una política global de desarrollo. La focalización, por otro lado, excluiría la creación de derechos en los beneficiarios y, en términos generales, podría minar la función social integradora que, según esos autores, distinguía a las políticas universalistas (Valverde et al., 1993, I).

La política económica va asumiendo una definición cada vez más liberal. Esto se evidencia en ciertos campos como la política cambiaria y la de comercio exterior y podría rematar con la aprobación legislativa de las Garantías Económicas, es decir la reforma constitucional destinada a limitar el gasto y el endeudamiento públicos, cuya aprobación ha sufrido múltiples tropiezos legislativos.

¿Cuál es entonces la fisonomía del nuevo Estado? Por el momento, la llamada reforma del estado costarricense se ha basado en la privatización de ciertas empresas estatales, en la desestatización de la banca, el abandono de ciertos subsidios y protecciones. La política ha sido de liberalización creciente en lo económico y compensación en lo social. Es un Estado que se debilitó notoriamente como empresario e impulsor de algunas actividades, pero que, por el momento, sigue manteniendo su presencia como gestor de otras tales como la exportación no-tradicional y el turismo. También ha dejado de ser el polo dinámico de absorción de empleo para ciertas categorías ocupacionales. Por las razones anteriores, es prematuro hablar de la instauración de una nueva forma de Estado, pues más bien parece vivirse un período de transición hacia el llamado estado subsidiario.

## 1.2. Cambios socio-económicos

El segundo cambio importante de la época es el fortalecimiento de la actividad exportadora de bienes no-tradicionales (industriales, agrícolas, de maquila y de producción en zonas francas). De hecho la neo-exportación se ha convertido en la columna vertebral de la nueva estrategia de desarrollo y el período conoce un aumento significativo en el peso relativo de estas exportaciones frente a las tradicionales (café, azúcar, banano, carne). Dentro de las nuevas exportaciones, son las de bienes industriales las que aportan más valor a su crecimiento global, pero los productos agrícolas (piña, yuca, plantas, flores) muestran un crecimiento más dinámico (Ulate y Chaves, 1991, p. 19 sq. y 26).

También los años ochenta son testigo de una modificación en el destino de las exportaciones, especialmente de origen manufacturero. El mercado principal, Centroamérica, pierde relevancia y se ve reemplazado por los Estados Unidos y Europa. El

mercado exportador sufre un vuelco que puede verse en los datos siguientes: en 1984 el 73,9% de los productos industriales se exportaba a Centroamérica, mientras que en 1989 sólo lo hace el 34,8%. Los Estados Unidos pasan de representar el 15% del mercado exportador de bienes manufacturados del país en 1984 a un 34,7% cinco años más tarde. Europa, en estas mismas fechas aumenta su importancia relativa del 1,5% al 3,9% en lo referente a este tipo de productos (Ibid.). Estos datos dan idea de una de las facetas de la apertura comercial que tiene como contraparte las importaciones crecientes de bienes duraderos y no-duraderos estimulada gracias a la reducción de aranceles.

La actividad neo-exportadora (agrícola e industrial) que se desarrolla durante estos años se caracteriza por la alta concentración del valor exportado en pocos bienes. Asimismo en 1990 se da una particularidad de indudables consecuencias sociales y es que pocas empresas concentraban la exportación (Ibid.).

Desde el punto de vista social parece consolidarse un sector neo-exportador compuesto por industriales, empresarios agrícolas y comerciantes exportadores que han diversificado su actividad económica incursionando en esta área. Si a ese dato se suma la concentración del valor exportado en pocos bienes y empresas, se puede presumir que se está configurando un grupo privilegiado dentro de esta actividad (Vega, 1994). Esto se reafirma aún más si se toma en cuenta que en esta actividad se pagan salarios menores al resto del sector privado (Céspedes y Jiménez, 1994, p. 109).

Este período asiste a otro cambio importante, concordante con el incremento de la neo-exportación. Se trata del auge de la banca privada cuyo despegue se inicia como intermediaria de los recursos externos, en particular los provenientes de la AID durante los años ochenta.

En 1948 se había nacionalizado la banca. La movilización de depósitos del público pasó a ser prerrogativa de la banca estatal y, si bien se crearon entidades financieras, no se estableció ningún banco privado por varias décadas. Su reactivación se inicia en los años setenta con la creación de algunos bancos, pero toma impulso en los ochenta gracias, en buena medida, al influjo de factores externos, en especial del ya mencionado apoyo del AID. Esta entidad les otorga beneficios con líneas de crédito, pero igualmente presiona a favor de cambios legales (Vega, 1984).

Ambas medidas inciden en un rápido aumento en el número de entidades bancarias privadas. En 1980 había cinco bancos privados, mientras que en 1986 existían dieciséis (Vargas Vargas, 1989) y, en 1995, la suma llegaba a veinticuatro (La Nación, 13/5/96). Además, seis de los siete mayores bancos se crearon en los años ochenta (Interfin, Banex, BCT, Cooperativo, de San José, de Fomento Agrícola). Sólo el Banco de Comercio proviene de la década anterior.

Pero no sólo se trata de un crecimiento numérico. Durante el período, la cartera crediticia de estas instituciones logra un aumento sostenido que le permite pasar de representar el 2% de la cartera del Sistema Bancario Nacional, en 1980, al 22% en 1988 (Vargas Vargas, 1989, p. 101). Durante esos años aumentan tanto los activos como el patrimonio de las entidades privadas que logran incrementar este último cuarenta veces entre 1980 y 1986 y casi lo duplican entre 1986 y 1988 (Ibid., p.102). Estos datos dan una idea del auge bancario que ha vivido el país.

Pero el significado de la actividad bancaria privada no es sólo económico, sino que también incumbe a lo social. En efecto, ya hacia 1988 podía señalarse como distintiva del sector la configuración de una cúpula bancaria compuesta por los siete bancos particulares más fuertes (Ibid., 111 sq.). Estos bancos manejaban ese año el 87 % de los

activos de la banca privada. Además, colocaban alrededor del 70% de la cartera crediticia de la banca privada y recibieron el 90% de los recursos otorgados por el AID en sus líneas especiales de crédito (Ibid., p. 262).

Paralelamente, se observa la formación de una fuerte fracción bancaria ligada al auge de esta actividad privada. Como grupo social, la nueva fracción financiera está compuesta por miembros importantes de cámaras empresariales como la de industrias, de comercio, etc. (Ibid., p. 169). Igualmente muchos accionistas del periódico La Nación lo son a su vez de bancos privados (Ibid., 1989, anexo I).

Todo esto permite suponer que no sólo se da una diversificación de inversiones hacia la actividad bancaria, sino también una fusión de capitales que permite presumir el desarrollo de un grupo empresarial muy fuerte e intersectorial. Recientemente se ha evidenciado también la presencia creciente de capital extranjero, particularmente centroamericano, en esta actividad (La Nación, 20/5/96.).

En relación con los procesos anteriores, existe la opinión de que la neo-exportación y las actividades de apoyo, una de las cuales es la banca, podrían estar generando "formas de riqueza, que por su magnitud y patrones de ostentación, no han sido las tradicionales" (Trejos, 1991, p. 86). En otras palabras, se sugiere la presencia de cambios notorios en el enriquecimiento de ciertos sectores sociales y en sus estilos de vida. Esto podría indicar que "grupos ubicados en la cúpula de la pirámide social se están distanciando marcadamente del resto del cuerpo social, generando un divorcio con el resto de la sociedad hasta ahora desconocido" (Idem). La tesis de una eventual polarización social se menciona recurrentemente, sin que, hasta donde conocemos, haya sido demostrada por el momento.

A pesar de lo expresado en las citas anteriores y de la antes señalada configuración de grupos de poder económico ligados a las nuevas actividades de punta, a la altura de 1992, no parecía factible fundamentar la existencia de un cambio radical en la ya desigual distribución del ingreso. Persiste la desigualdad, pero no parece incrementarse en los años 1982 a 1992 (Céspedes y Jiménez, 1995). Y esto lo ratifican fuentes de la Cepal y del Banco Mundial que incluso consideran que en la década de los ochenta e inicios de la de los noventa, la distribución del ingreso es menos desigual que diez años atrás (Ibid., p. 103). Es cierto que las formas tradicionales de medir el ingreso, basadas en información de las encuestas de hogares de la Dirección General de Estadística y Censos, no dan cuenta de la acumulación de la riqueza, una variable sin duda, de muy difícil captación empírica. Además, estas encuestas miden los ingresos declarados por los entrevistados. Sin embargo, hasta la fecha no se han perfeccionado otros instrumentos de medición.

Ahora bien, la situación anterior de estabilidad de la desigual distribución del ingreso, se asocia a la recuperación económica que vivió el país entre 1983 y 1992, y no contempla los años recientes de recesión económica.

Por otra parte, el auge de las nuevas actividades económicas como la exportación no-tradicional y la bancaria privada, requieren de una serie de agentes sociales que desempeñen tareas de administración, de ejecución, de control, con diferentes grados de responsabilidad y remuneración. También demandan una serie de actividades de apoyo (aduanales, de transporte, etc.) que a su vez involucran a diversos agentes sociales. Igualmente, el auge del turismo crea nuevas demandas laborales. Todo esto explicaría, en parte, el crecimiento del sector terciario, incluso en áreas rurales. Estos ejemplos plantean que la diversificación económica podría estar alcanzando a los diferentes agrupamientos

sociales, pero también a ese espacio más concreto de oferta y demanda de ocupaciones que son los mercados de trabajo<sup>4</sup>.

Sobre el particular, puede señalarse que entre los años 1987 y 1993, la generación de empleo se incrementó con la creación de 173,000 nuevas plazas, de las cuales el 86% (149,000) tuvieron lugar en el sector privado y 23,000 de ellas en las exportaciones no-tradicionales (Céspedes y Jiménez, 1994, p. 96 sq.).

Sin embargo, el sector que generó más fuentes de trabajo fue el de no-comerciales o sea el de bienes y servicios no exportables (comercio, transporte, servicios financieros, seguridad y otros servicios a las empresas así como servicios comunales). Este sector aumentó la participación relativa en el empleo total del sector privado en un 44% en 1987 y en un 50% en 1993 (Ibid., p. 97). Le siguió en importancia el de exportaciones no-tradicionales que, por lo demás, como se mencionó, se caracteriza porque sus remuneraciones son menores que en el resto del sector privado (Ibid., p. 109), lo cual, puede pensarse, estaría facilitando ganancias extraordinarias.

Otro rasgo característico de la sociedad costarricense ha sido la informalidad laboral que viven amplios grupos de población y que se incrementó durante la crisis de inicios de los años ochenta. En los años del ajuste estructural, aunque es cierto que no se ha logrado revertir este proceso, al menos se logró detenerlo a la altura de 1993 (Ibid., p. 82) (5).

La inserción laboral de la mujer crece sustancialmente durante la época, en especial en las zonas rurales y este es quizás una de los rasgos más notorios del período en lo que respecta a cambios en el mercado laboral. El empleo juvenil decrece y en general aumenta el nivel de escolaridad de la fuerza de trabajo (Ibid., p. 98).

Las actividades agrícolas se reducen, a pesar de que buena parte de las exportaciones no-tradicionales son de esa proveniencia. Pero la zona rural ve modificarse su estructura de clases con un incremento de la clase media. También, paralelamente al declive de las actividades agrícolas tradicionales, se da un incremento en las actividades ubicadas en el sector secundario y terciario en el agro. Todo esto parece denotar una rápida modificación de los mercados de trabajo en la zona rural, cuyo rasgo más notorio sería la pérdida de peso de la inserción laboral en el sector rural tradicional y el aumento de las actividades en el sector secundario y terciario (Vega et al., 1996, p. 81-84).

¿Cuáles son los principales cambios en la esfera socio-económica? Costa Rica vive en las décadas de los ochenta y noventa una apertura al mundo basada en una reorientación del proceso exportador, en cuyo desarrollo tiene un significativo papel la banca privada. Ambas actividades, ejes del nuevo modelo económico, están en manos de fuertes grupos empresariales. No obstante la concentración del valor exportado que caracteriza a las exportaciones no-tradicionales y el hecho de que la banca está en manos de una cúpula fuerte e intersectorializada, se carece aún de sustento empírico para afirmar la existencia de una creciente polarización social en una sociedad ya de por sí muy desigual.

Los mercados de trabajo se distinguen por la importancia del sector terciario y de la actividad neo-exportadora como generadores de empleo, así como por una reestructuración de los mercados laborales en la zona rural y una ascendente incorporación laboral de la mujer. Por último, puede mencionarse que el período de ajuste estructural no parecía mostrar, a la altura de 1992, desajustes serios en el mercado laboral, lo cual podría explicarse, según Céspedes y Jiménez (1994), como resultado de la flexibilidad del mercado para adaptarse a los cambios económicos, o bien de la gradualidad de la apertura. Empero habrá que observar en el futuro cómo evolucionan

no sólo la oferta y demanda, sino los niveles de calificación e instrucción, así como también las segmentaciones en los mercados laborales señaladas ya para otros países<sup>6</sup>.

### 1.3. Cambios en la estructura de clases

En diversos círculos (políticos, académicos, periodísticos) se ha arraigado la idea de que la clase media costarricense está desapareciendo como resultado de las políticas de ajuste estructural. Sin embargo, los resultados con que se cuenta no parecen sustentar tal hipótesis. Pareciera, más bien, que los cambios en el Estado y en la vida socio-económica, no van a acompañados, por el momento, de cambios profundos en la estructura de clases del país, lo cual no excluye que existan tendencias que deban observarse en un período más largo<sup>7</sup>. Y esta afirmación no debe sorprender puesto que la estructura de clases tiene un ritmo de transformación más lento que el de la economía o el Estado.

Lo primero que debe afirmarse y que se había evidenciado para el período anterior al del ajuste estructural, es que la sociedad costarricense se caracteriza por una estructura de clases desigual a pesar del importante incremento de la clase media a lo largo de la segunda mitad del siglo. La preponderancia de la clase baja en la pirámide social, con una presencia del 72,1% en 1987 y un 65,8% en 1995, permite considerar que Costa Rica no es un país de clase media (Vega et al., 1996, p.67sq).

Ahora bien, la clase media (compuesta por profesionales, técnicos, trabajadores de cuello blanco y medianos y pequeños empresarios y comerciantes) que se había expandido sustancialmente ya en el período anterior al ajuste, continúa creciendo, como grupo ocupacional, en la época del cambio estructural. Su presencia cuantitativa aumentó en 5,2 puntos porcentuales entre 1987 y 1995 y pasó de representar el 24,5% al 29,7% de la población ocupada. Este crecimiento de la clase media va aparejado de un descenso en el tamaño de la clase baja, que responde principalmente a una reducción en las ocupaciones agrícolas (Ibid., p. 69 ).

Si bien el peso de las clases sociales en el conjunto de la jerarquía social no sufre variaciones drásticas durante el período, sí hay rasgos que evidencian un lento proceso de transformación, que habría que observar en un tiempo más extenso, que atañe particularmente a la clase media. Este proceso no puede verse al margen de los cambios en el modelo de desarrollo y de las incertidumbres que genera, los cuales en buena medida podrían explicar la inclinación de este sector social a suscribir la idea de su desaparición.

Primeramente, hay que señalar el hecho, mencionado anteriormente, de que el Estado ha ido perdiendo significado como empleador, en especial para el conjunto de esta clase. Esto constituye un viraje para la clase media alta cuyo grupo principal -los profesionales y técnicos- habían sido mayoritariamente empleados por los aparatos estatales. En efecto, los órganos públicos ocupaban, en 1987, al 54,1% de sus miembros y en 1995 al 45,9% (Ibid., p.76 sq). La reducción de 8,2 puntos porcentuales es reveladora de una nueva adscripción institucional de la clase media alta: su propensión a insertarse preferentemente en el sector privado. Ahora bien, no puede dejarse de lado la posibilidad de que la profundización de esta tendencia pueda dar lugar a una segmentación entre los mercados laborales estatales y privados, en donde los últimos, o parte de ellos, podrían vivir los procesos típicos de la globalización: crecimiento y mayor capacitación. El caso de la empresa Intel y el reclutamiento que ha realizado de profesionales en informática podría revelar una tendencia futura. Pero no debe dejarse de lado, que otras



actividades de punta como la banca, el mercadeo y la publicidad, puedan estar promoviendo procesos de segmentación principalmente entre grupos profesionales.

En el caso de la clase media baja, la reducción del vínculo con el Estado es un tanto menor: 7,7%; y, de todas formas, la importancia del sector público como empleador es, y ha sido, mucho menos significativa que para la clase media alta (28,9% en 1987 y 21,2% en 1995) (Ibid., p. 76-79).

Es de esperar que, conforme el Estado costarricense vaya restringiendo su papel, se agudice esta tendencia y que buena parte de la población vaya perdiendo el nicho laboral seguro que le garantizaba el Estado-patrono. Un hecho que no deja de generar incertidumbre en la población ligada a actividades del sector público.

En segundo lugar, la clase media parece vivir un período de inestabilidad en sus ingresos: se deterioraron entre 1987 y 1992, se recuperaron en 1993 y 1994 y de nuevo descendieron en 1995. En 1995, la clase media alta sufrió una variación negativa en sus ingresos reales de un menos 6,9% y la media baja de un menos 5,9% (Ibid., p.98 sq.).

Pareciera que el deterioro en los ingresos, que sólo lograron repuntar en los años 1993 y 1994, podría ser el abono del mito de desaparición de esta clase. Esto mismo permite pensar que, al menos parte de la clase media está sometida actualmente a una tensión entre su crecimiento numérico como grupo social, evidenciado por el incremento del número de profesionales económicamente activos, de empleados de cuello blanco, etc. y las limitaciones de sus ingresos; y que, en esas circunstancias, su poder adquisitivo y su calidad de vida podrían estar desmejorando. Esta situación de inestabilidad genera pesimismo, reforzado con el deterioro de las prestaciones estatales en educación y salud e incluso con el resentimiento que generó la aprobación de una nueva ley de pensiones en 1996.

En tercer lugar, parte de la clase media podría ir perdiendo progresivamente la delantera que la ha caracterizado en el campo de la educación, mientras otra ve decaer su nivel de escolaridad. Este hecho restringiría, para algunos grupos dentro de ella, las posibilidades futuras de mejoramiento social.

La clase media alta es un grupo altamente educado: el 56,7% tenía, en 1987, educación universitaria, situación que mejoró en 1995 (Ibid, p.94 sq.). No obstante este incremento, hay un hecho que merece destacarse: la llamada clase alta parece tender a aumentar su nivel educativo a un ritmo mayor que la clase media alta, lo cual, en un futuro y de seguir acentuándose la tendencia, podría llevar a diferenciaciones sustanciales entre ambas clases o bien dentro de la misma clase media. Y esto sucedería en momentos en que la educación (o el llamado credencialismo) parece ser requisito de competitividad y, por último, de movilidad social.

Si la mayor parte de la clase media alta goza de educación superior, lo contrario ocurre con su grupo inferior, la clase media baja. Esta es menos educada, con predominio de estudios secundarios y, tendencialmente, pierde nivel, aumentando con ello sus limitaciones sociales y la distancia frente a otros miembros de su agrupamiento social.

Las razones anteriores ayudan a entender por qué parte de la clase media, a pesar del incremento como grupo ocupacional, no logra ver clara la inserción en el nuevo modelo de desarrollo y en esas condiciones fácilmente suscribe el angustioso mito de su desaparición.

Por otra parte, la clase media, grupo social de extracción netamente urbana, aumenta su presencia en zonas rurales, un hecho que podría estar ligado al desarrollo de

nuevos productos de exportación y de nuevas actividades que, como la turística, demandan profesionales, técnicos y trabajadores de cuello blanco en esa zona geográfica.

La Costa Rica de fin de siglo no parece mostrar, a grandes rasgos, transformaciones agudas en el conjunto de la estructura de clases: mantiene su fisonomía desigual, a la par de un cierto crecimiento numérico de la clase media, la cual sufre además mutaciones internas, todavía insuficientemente delineadas que suscitan incertidumbre en su seno. Estos cambios podrían estar a la base de una segmentación en la que habría grupos medios en descenso y otros en ascenso, y que permitirían vislumbrar un proceso de reestructuración interna de esta clase.

## 2. Otros cambios

El país vive una serie de cambios notorios en su modelo de desarrollo y otros menos espectaculares en ciertos espacios de la vida socio-económica. Sin embargo, la vida social no se agota en ellos. Hay otras dimensiones de la realidad que enfrentan claras transformaciones y que brindan evidencias importantes del cambio social que vive Costa Rica en las dos últimas décadas del siglo. A continuación se hará referencia a dos de ellos: el cambio en la educación y el cambio cultural visto por medio de algunos indicios de modificación en los estilos de vida de los costarricenses.

### 2.1. Cambios en la educación

La educación en general se modifica. Sin embargo, el cambio más significativo se produce en la educación universitaria. Luego de una larga trayectoria de presencia casi exclusiva de la educación superior pública, la universidad privada se fortalece, minando progresivamente la hegemonía de la estatal en ciertos campos como, por ejemplo, los posgrados en Administración de Negocios. Ahí es notoria la presencia de instituciones privadas internacionales cuya relación con la formación de cuadros para el sector público y privado estaría por estudiarse, así como su papel en la eventual segmentación del mercado laboral mencionada anteriormente (Vid. nota 6).

De hecho la matrícula en las instituciones privadas muestra mayor dinamismo que la de las estatales. En las primeras pasa de representar el 5,8% de la población estudiantil en 1980 al 16,7% en 1989, lo cual significa una tasa de crecimiento de cerca del 293% (Rovira, 1992, p. 129).

Por otra parte, existen indicios de que las universidades privadas, con apoyo de organismos como la Comisión Nacional de Préstamos para la Educación (CONAPE), podrían "estar reclutando muchos más estudiantes del estrato socioeconómico bajo de lo que suele presumirse" (Ibid., p. 37).

La enseñanza primaria y secundaria privada ha crecido también en las décadas de los ochenta y noventa. En 1981 el preescolar privado recibía el 8,6% de la matrícula total, mientras que en 1989 recibe el 10,8%. En primero y segundo ciclos pasó de representar un 2,6% de la matrícula, en 1981, al 4,4% en 1989. En el tercer ciclo y en la educación diversificada también se dio un aumento de la enseñanza privada del 6,8% en 1981 al 8%, ocho años después (Rojas, 1992, p. 109). Datos más recientes del Ministerio de Educación Pública revelan que la expansión no se ha detenido en la década de los noventa. En 1993, el 4,82% de la matrícula en primaria

fue en instituciones privadas, mientras que el 9,84% de la de secundaria correspondió a este tipo de instituciones.

Las diferencias entre la educación primaria y secundaria estatal y privada, así como entre la urbana y rural, tienden a reforzarse por medio del aprendizaje de lenguas extranjeras en las segundas, diferencias en el rendimiento, etc. (Ibid., p. 118).

También, durante el período, se redefinen las relaciones entre ambos sistemas de enseñanza con las diferencias de metodología pedagógica, de individualización de la enseñanza y con la concreción de una preparación de nivel internacional de los estudiantes en ciertos centros privados (formación para obtener bachilleratos europeos o internacionales o para admisión en universidades extranjeras).

La situación anterior podría conducir a ensanchar la brecha entre ambos sistemas de enseñanza y a hacer cada día más lejana la época en que, sin distinción de clase, los costarricense asistían a escuelas y colegios públicos, creando bases de convivencia democrática.

Pero también se perfilan diferencias sustantivas dentro de la misma enseñanza privada que podrían ser reveladoras del distinto origen social del alumnado (pago o no de bono de admisión escolar, diferencias en monto de la mensualidad, enseñanza de un idioma extranjero como primera lengua, etc.), pero asimismo de la configuración de grupos estamentales y del hecho de que la educación se está convirtiendo en un factor cada vez más importante de distinción entre clases y grupos sociales, en el sentido de Bourdieu (1979).

## 2.2. Cambios culturales

A lo largo de los años estudiados, Costa Rica parece inmersa en un rápido proceso de cambio cultural<sup>9</sup> que puede asociarse, entre otros, a tres factores.

Primeramente, al proceso acelerado de desarrollo de las comunicaciones (televisión por cable, Internet, etc.) y del transporte que ha permitido una creciente divulgación de valores y estilos de vida nuevos, así como la participación en una cultura global<sup>9</sup>. Lo último ha representado un factor importante de influencia en la cultura costarricense.

En segundo lugar, la apertura comercial de los años recientes, acrecienta las opciones de consumo y estimula una mayor exposición a la cultura de consumo.

Estos procesos se asientan en un tercer factor: en la clase alta y especialmente en una consolidada y creciente clase media con propensión a ensancharse en las zonas rurales y convertida en el apoyo al auge consumista, más allá de la eventual reestructuración interna que puede estar viviendo en el presente.

Se señaló anteriormente que, en Costa Rica, se han establecido patrones de ostentación inusitados. De ser ciertos estos comportamientos, podrían considerarse indicativos de nuevos valores y estilos de vida, de ciertos sectores al menos. Sin embargo, hay otras evidencias que indican que el cambio en los estilos de vida<sup>10</sup> no atañe exclusivamente al polo superior de la estructura social.

La aparición de múltiples comercios que van desde cadenas de moda internacional pasando por galerías de arte y anticuarios hasta tiendas de ropa norteamericana usada y electrodomésticos de segunda mano, ponen en evidencia la desigualdad imperante en el campo del consumo, pero así mismo su modificación.

La frecuencia con que se presentan espectáculos internacionales principalmente de cultura popular (cantantes y conjuntos musicales), el establecimiento de innumerables centros de diversión y recreación (desde gimnasios y juegos electrónicos hasta

clubes de video), el abanico de escuelas, colegios y universidades privadas, revelan la existencia de un público capaz de convertirlos en objeto de consumo.

También los cambios en la organización del espacio y en las ofertas de bienes raíces con el impulso de barrios de acentuada demarcación social, de condominios de clara diferencia de calidad y precio, son reveladores de variaciones en los patrones de interacción y distinción social.

Las transformaciones en las pautas de consumo y la adopción creciente de una cultura de consumo<sup>11</sup> parecen adecuados exponentes de las modificaciones en los estilos de vida que conoce la sociedad actual costarricense y en general del cambio cultural. Ello obedece a que las preferencias distintivas y los gustos se despliegan, entre otros, por medio del consumo. De hecho el consumo de bienes no sólo cumple un papel económico central en las sociedades actuales, sino, y esto es lo más importante en relación con el cambio cultural, tiene un papel rector en los procesos culturales del momento. En efecto, los bienes de consumo se convierten en “artefactos culturales” (Lee, 1993), en bienes simbólicos a los que se les otorga ciertos significados que cobran importancia en la reproducción cultural y de los grupos sociales. La configuración de identidades y la generación de sentido de pertenencia no pueden entenderse hoy sin pasar por el valor simbólico del consumo. También el consumo constituye una fuente importante de posicionamiento social.

Durante la era de la sustitución de importaciones, del apogeo de la industria centroamericana en las décadas de los sesenta y setenta, el grueso de los bienes consumidos provenía de la región. Este fenómeno lo garantizaban las protecciones al sector industrial y los altos aranceles a la importaciones de bienes de consumo. En este contexto, sin embargo, se incrementa la adquisición de ciertos objetos que se integran a las pautas crecientemente consumistas del costarricense. Tal es el caso del uso cada vez más amplio y generalizado de electrodomésticos, en particular del televisor, la radio, la cocina y la refrigeradora (Aguilar, 1996, p.5).

Si las décadas de los sesenta y setenta presentan esas características consumícticas, las del ochenta y noventa parecen evidenciar cambios no sólo en el espacio de consumo, sino igualmente en la forma de consumo y en los bienes consumidos por los costarricenses. Es la época de los “malls”, la tarjeta de crédito, la informática, el culto al cuerpo, en fin de la progresiva incorporación a una cultura global de consumo.

Sin duda, la transformación más importante en el espacio del consumo, es la construcción de “malls”, esas moles bajo techo de propiedad privada pero de uso público, que irrumpen en el paisaje urbano nacional. Anteriormente se habían establecido centros comerciales abiertos y sin duda las décadas de los ochenta y noventa asistieron a un incremento en su construcción, pero es en los ochenta cuando se introduce en el país esa nueva modalidad, los “malls” con la inauguración, en 1983, del Centro Comercial Plaza del Sol, de modestas proporciones y pretensiones (posteriormente sería ampliado) pero que marca el inicio de la nueva era. Le siguen Plaza Mayor (1990) y luego Multiplaza (1993), con una segunda etapa concluida en 1996 y una tercera por concluirse en 1997. Los más recientes son el Mall San Pedro (1995), Mall Internacional de Alajuela (1996) y Plaza Real Cariari (1995). Las ofertas de consumo, comida y diversión en los “malls” se han ido incrementando con el tiempo y son un estímulo al consumo real y simbólico, pero también parecen ir ubicando a estos sitios como espacios de interacción social (de ventaneo y paseo dominical) y de constitución de nuevas identidades (Shields, 1992). Además, la ubicación de estos centros en diferentes puntos de la Gran

Area Metropolitana de Costa Rica, corresponden al fomento de una visión urbana poli-céntrica que parece predominar en los Estados Unidos (Gottdiener, 1995).

En décadas anteriores, las cadenas comerciales estaban casi circunscritas a los supermercados. En las décadas en estudio, crecen y se diversifican y no se limitan al campo de la alimentación y de la moda internacional. Justamente, el período se caracteriza por el establecimiento de cadenas comerciales en muy diversos rubros (óptica, electrodomésticos, zapatería, farmacias, etc.), que se expanden a los puntos cardinales de San José y a otras ciudades importantes, así como a los distintos centros comerciales. Así es posible conseguir lo mismo, no importa el lugar de residencia. Desde el punto de vista socioeconómico denotan el fortalecimiento y crecimiento de ciertas consorcios comerciales.

En nuestro país el uso de la tarjeta de crédito se ha generalizado y esto representa la mayor transformación en la forma de consumo de los costarricenses en las décadas de los ochenta y noventa. Sin duda, la tarjeta es la gran facilitadora de los cambios en los patrones de consumo. En 1990 el 12% de la población mayor de dieciocho años disponía de tarjeta de crédito. En 1993 se incrementa su uso a un 22% de los usuarios potenciales y en 1994 el 27% de los poseedores de teléfono del Area Metropolitana (60% de los hogares) contaba con una tarjeta (PNUD, 1995, p. 78). Los requisitos de ingresos mensuales para obtenerla van desde 45,000 colones (alrededor de \$245 en 1996) -lo cual la convierte en accesible a amplios sectores- hasta \$2,000 por una tarjeta dorada Visa o Mastercard (La Nación, 23/4/96, Suplemento Compras). El papel de la tarjeta es extender las posibilidades de consumo real, más allá de las posibilidades inmediatas de sus poseedores. Pero también es reveladora de otros procesos en los que se ven inmersos los costarricenses, en particular de la alta disponibilidad que muestra al endeudamiento y de un cambio de valores en torno al endeudamiento mismo (Ritzer, 1995).

Pero, si bien la tarjeta es el pilar, no es el único elemento en que descansa el fomento al consumo, también lo estimulan las estrategias denominadas "sistema de apartados" -que no implican intereses-, los sistemas crediticios de los distintos negocios y el mercado de segunda mano de bienes importados (ropa, automóviles y electrodomésticos). Los "outlets", de ropa y zapatería (incluida la designación en inglés), empiezan a irrumpir silenciosamente en el escenario comercial de mediados de la década de los noventa, lo mismo que los baratillos para deshacerse de existencias. Todas estas medidas amplían el acceso al consumo de ciertas marcas o productos.

Los bienes consumidos por los costarricenses se van adecuando a las más modernas pautas de las metrópolis: uso creciente de celulares (en 1996 hay más de cuarenta mil usuarios), del beeper (en 1997 se calcula que hay alrededor de setenta mil), del VHS, del fax y de las computadoras personales.

Otros bienes y servicios cultivan el narcisismo característico de las sociedades actuales: gimnasios, clínicas de adelgazamiento y de estética, spas, productos dietéticos y naturales. La promoción de estos bienes no sólo revela una nueva autopercepción de los costarricenses, sino también una modificación en sus gustos y con ello en los estilos de vida. Respondiendo a estas nuevas inclinaciones de la población, el diario La Nación inicia, en 1996, la publicación del suplemento En Forma, al igual que años atrás había creado Compras. El primero se consolida como un importante mecanismo de estímulo hedonista, mientras el segundo cumple esa función en el campo del consumo.

Junto a la preocupación por la salud y la estética, se ha incrementado el consumo de comidas rápidas producidas por cadenas transnacionales o locales, que incluso ofrecen servicio a domicilio y constituyen un servicio ampliamente generalizado entre

los sectores medios urbanos (Urban & Associates, 1997). Las jornadas laborales continuas no sólo propician el consumo alimenticio fuera del hogar, sino que significan una importante transformación en los estilos de vida y en las pautas de interacción social y familiar.

Un paseo por los supermercados es una ventana a las nuevas importaciones y a los gustos que se han ido desarrollando. Los bienes extra-regionales han reemplazado en mucho a los centroamericanos. Hoy se compran en el país las mejores pastas italianas, mariscos variados y de diferente origen geográfico, confites, chocolates y galletas diversos; también toda una gama de productos de limpieza importados, de cuyas cualidades se ha tenido conocimiento gracias a la televisión por cable.

El hecho de que varíen los estilos de vida y, dentro de estos, el consumo, ha generado una gran cantidad de servicios antes inimaginados y cuyo mejor exponente se encuentra en las páginas amarillas del directorio telefónico.

Los ejemplos anteriores pretenden ejemplificar algunos rasgos del cambio cultural del período y se mencionan con el fin de no restringir las transformaciones del país solamente al ámbito político y socio-económico: el espacio cultural parece vivir un intenso cambio que, sin embargo, ha sido poco estudiado aún.

### **3. Consideraciones finales**

El presente análisis muestra que si bien hay espacios de la vida política, económica y social que cambian rápidamente, hay otros que siguen un ritmo más lento.

Las actividades productivas muestran cambios significativos relacionados con la creciente presencia de la banca privada y de las exportaciones no-tradicionales. El estado costarricense avanza en dirección a un menor intervencionismo que se evidencia en la privatización de ciertas actividades, en el abandono de algunos subsidios y en la permanencia de otros, en la eliminación del monopolio estatal de la banca y en la pérdida de dinamismo de los aparatos estatales como empleadores. La educación, en particular la superior, enfrenta, en el período, una fuerte competencia por parte de la educación privada y esto va señalando un importante derrotero. Los cambios culturales, de los cuales sólo se han señalado unos ejemplos, parecen acelerados y en íntima interacción con el proceso de globalización.

Por su parte, el sostén del cambio social que es la estructura de clases, no denota, por el momento, cambios abruptos en su composición, aunque se vislumbra una reestructuración de la clase media. Tampoco hay modificaciones sustantivas en la distribución del ingreso, aunque se observan variaciones coyunturales en el ingreso promedio real de las distintas clases.

Las principales tendencias se basan en información que llega, en general, a los primeros años de la presente década. Por eso los datos no incluyen el período de recesión que experimenta el país a partir de 1995 y durante el cual es posible pensar que se hayan agudizado (o estancado) algunas de las tendencias señaladas.

## Notas

1. Este trabajo se elaboró en el marco del Instituto de Investigaciones Sociales y toma algunos puntos tratados en la propuesta de investigación titulada Modificaciones en la estructura social costarricense a partir de la década del ochenta: creación de un sistema de indicadores presentada junto con Jorge Vargas Cullel.
2. Una forma de estado es una periodización dentro de un tipo de estado (capitalista, socialista) que se caracteriza por la forma particular en que se relacionan lo político y lo económico dentro de un esquema básico de relaciones de producción (Poulantzas). El estado capitalista ha pasado de la forma de estado liberal a la intervencionista. En Costa Rica no se puede hablar aún de un abandono del estado intervencionista que se concretó a partir de la década del cincuenta; más bien lo que ha ocurrido es una tendencia al debilitamiento de esta forma de estado a raíz de las acciones esbozadas en el presente texto.
3. Se han vendido las empresas de Codesa, pero permanecen en manos del Estado la electricidad y las telecomunicaciones, los seguros, la distribución de combustibles y la producción de licores. El destino de estas empresas y su eventual privatización forma parte de la agenda política actual.
4. Este tema lo están estudiando, en 1997, Carlos Castro y Ana Lucía Gutiérrez como parte del proyecto de investigación Modificaciones en la estructura social costarricense a partir de la década del ochenta: creación de un sistema de indicadores del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica.
5. De otra opinión es PREALC. Para esta institución la informalidad se ha acrecentado entre 1980 y 1992. Por su parte, Céspedes y Jiménez, así como J.D. Trejos y también la CEPAL consideran que se ha detenido (Céspedes y Jiménez, 1994, p. 82).
6. Sobre el particular, y en referencia a Europa, se ha propuesto, a modo de hipótesis, que el llamado segmento primario superior, correspondiente a la clase media, se distinguiría en el contexto de la globalización, por su expansión y creciente nivel de calificación. A la vez, se ha indicado que, en el llamado sector secundario compuesto por los trabajadores no-calificados, se incrementan las contrataciones temporales y por ende el escaso control de los trabajadores sobre los puestos de trabajo (González, 1991, p. 70)
7. La investigación realizada en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica (nota 4), define las clases sociales como grandes agrupamientos de personas que comparten una posición en las relaciones de propiedad y en los mercados laborales. De ahí se desprende una serie de criterios para clasificar las distintas ocupaciones y categorías ocupacionales y definir las cuatro grandes clases: alta, media alta, media baja y baja (Vega et al., 1996, *passim*, en especial la primera parte).

8. La cultura es el espacio “en que los grupos sociales desarrollan patrones distintivos de vida y le dan forma expresiva a su experiencia social y material de vida” (Hall, cit. Lee, 1993, p.41, trad. MV). Debe dejarse claro que las formas expresivas no constituyen una respuesta especualr a las condiciones de vida y que la cultura es más bien un sitio de lucha en el que diferentes grupos tratan de definir “las fronteras de significado social”(Lee, 1993, p. 48).
9. La globalización o eliminación de barreras geográficas que se ha dado en la segunda mitad del presente siglo y más aceleradamente en las últimas décadas, comprende el ámbito económico, político y cultural. La globalización cultural se caracteriza no sólo por la divulgación de la cultura global, metropolitana, con tendencias homogenizantes, sino también por la presencia de la heterogeneidad cultural. En otras palabras, la vocación hegemónica de la primera se da simultáneamente con una presencia cada vez mayor de la periferia en las metropolis (Waters (1995), Featherstone (1995), Friedman (1995)).
10. Los estilos de vida forman parte de las experiencias y preferencias compartidas por los distitntos grupos o clases sociales. Están constituidos por una serie de pautas de interacción, actitudes y formas particulares de consumo (material y simbólico) que dan como resultado un reconocimiento social del grupo particular y la creación de identidades. Si bien se desarrollan estilos de vida propios de un grupo social o de una clase, también los hay de un país y pueden convertirse en fuente de imitación por parte de otros países o culturas. En el presente realizo un estudio sobre los cambios en los estilos de vida en la Costa Rica de las décadas de los ochenta y noventa y en particular sobre los cambios en los patrones de consumo. La investigación de este tema es parte de la segunda etapa del proyecto de investigación mencionado en la nota 4.
11. El concepto cultura de consumo apunta al hecho de que el consumo ha dejado de ser una forma de apropiación del valor de uso de los objetos y se ha convertido en consumo de signos e imágenes (Featherstone, 1995, Lee, 1993, Shields, 1992). El valor simbólico juega un papel en la reproducción cultural: configuración de identidades, generación de sentido de pertenencia, indicación de status social. En la era moderna, los objetos se consumen particularmente por ese valor simbólico.

## **Bibliografía**

- Aguilar, Irene (1996): “Publicidad, empresas transnacionales y ‘comercialización de sueños” en: Contribuciones, N° 26, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, San José.
- Bourdieu, Pierre (1988): La distinción. Criterios y bases sociales del gusto, Taurus, Madrid, trad. Ma. del Carmen Ruiz de Elvira.



- Céspedes, Víctor Hugo y Ronulfo Jiménez (1994): Apertura comercial y mercado laboral en Costa Rica, Academia de Centroamérica y Centro Internacional para el Desarrollo Económico, San José.
- (1995): La pobreza en Costa Rica. Concepto, medición, evolución, Academia de Centroamérica, San José.
- Featherstone, Mike (1995): Undoing Culture. Globalization, Postmodernism and Identity, Sage, Londres.
- Friedman, Jonathan(1995): Cultural Identity and Global Process, Sage, Londres.
- Gottdiener, M. (1995): Postmodern Semiotics. Material Culture and the Forms of Postmodern Life, Blackwell Publishers, Cambridge, Massachusetts.
- González, Juan Jesús (1991): Clases sociales: estudio comparativo de España y la Comunidad de Madrid, Comunidad de Madrid, Departamento Estadístico, Madrid.
- Lee, Martyn (1993): Consumer Culture Reborn, Routledge, Londres.
- PNUD y otras instituciones (1995): Estado de la Nación en desarrollo humano sostenible, San José.
- Raventós, Ciska (1995): "Construcciones y especulaciones en torno al 'descalabro financiero' del Banco Anglo Costarricense" en: Revista de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica, n°68, p.41-54.
- Ritzer, George (1995): Expressing America. A Critique of the Global Card Society, Pine Forge Press, Thousand Oaks, California.
- Rojas, Yolanda (1992): "Tranformaciones recientes en la educación costarricense" en: Villasuso, J.M. (editor), El nuevo rostro de Costa Rica, CEDAL, Heredia, Costa Rica, p. 97-122.
- Rovira, Jorge (1992): "Las universidades en los años ochenta" en Villasuso, J.M. (editor), op. cit., p. 123-139.
- Shields, Rob (1992): "Spaces for the Subject of Consumption" en: Shields, R. (ed.): Lifestyle Shopping. The Subject of Consumption, Routledge, Londres, p. 1-20.
- Trejos , Juan Diego (1989): "El sector informal urbano en Costa Rica: evidencias e interrogantes" en: Informalidad urbana en Centroamérica, Flacso-Fundación Friedrich Ebert, Guatemala, 1989.
- (1991): "La política social y la valorización de los recursos humanos" en: Varios autores: Costa Rica entre la ilusión y la desesperanza. Una alternativa para el desarrollo, Ediciones Guayacán, San José, p. 73-107.

- Ulate, Anabel y Guisella Chaves (1991): "Evolución de las exportaciones de productos no tradicionales. Quinquenio 1984-1989" en: Documentos de Trabajo, No. 151, Instituto de Investigaciones en Ciencias Económicas, Universidad de Costa Rica, San José.
- Valverde, José Ml., María E. Trejos y Minor Mora (1993, I): La movilidad laboral al descubierto, Aseprola, San José.
- (1993,II): Integración o disolución socio-cultural: el nuevo rostro de la política social, Editorial Porvenir, San José.
- Vargas Vargas, José Joaquín (1989): El auge de la banca privada en Costa Rica (1982-1988): incidencia de la A.I.D. y de factores internos en su desarrollo, Tesis de licenciatura, Escuela de Ciencias Políticas, Universidad de Costa Rica, San José.
- Vega, Mylena (1984): "La recomposición del bloque en el poder en Costa Rica, la política norteamericana y el Fondo Monetario Internacional (1982-1984). Coyuntura y perspectivas" en: Anuario de Estudios Centroamericanos, Vol. 10, p. 59-67.
- (1990): "Dinámica política y procesos de toma de decisión en Costa Rica. El segundo préstamo para el ajuste estructural y el Parlamento Centroamericano" en: Rojas Aravena, Francisco (coordinador): Costa Rica y el sistema internacional, Editorial Nueva Visión, Caracas, p. 281-302.
- (1994): "La exportación de bienes no-tradicionales en Costa Rica a partir de la década del ochenta. Rasgos económicos, socio-económicos y político-organizativos del sector" en: Contribuciones, no.18, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, San José.
- Vega, Mylena, Carlos Castro, Ana Lucía Gutiérrez y Carlos Rafael Rodríguez (1996): Cambios en la estructura de clases de Costa Rica a partir de la década del ochenta (1987-1994), Informe final de investigación, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, San José.
- Waters, Malcolm (1995): Globalization, Routledge, Londres.